

La N. A. T. O. nació con dos fines fundamentales: defender a Europa contra los ataques de la Rusia que surgió después de la segunda guerra mundial, y la de garantizar las comunicaciones marítimas atlánticas. Con estos propósitos tan claros y definitivos para la supervivencia del Occidente, surgió el Pacto del Atlántico Norte, que agrupa a los pueblos que tienen como nexo de unión el mar que no los separa, sino que, por el contrario, les une, convirtiéndose por este hecho el conseguir la libertad de comunicaciones en este océano en el *leit motiv* de dicho Pacto, ya que haría posible el refuerzo de Europa por vía marítima desde todos los lugares de la Tierra. De esta gran alianza occidental se excluyó a España por cuestiones políticas, cometándose con ello un fenomenal error estratégico, que ha querido ser paliado mediante Lisboa y Gibraltar, que puentean a España, aunque, como es natural, nada puede evitar su realidad geográfica y estratégica.

Pero la O. T. A. N., al tener como uno de sus fines la defensa de Europa, tenía que contener al coloso ruso en todo su perímetro; por esta razón entraron en su composición países mediterráneos puros, tales como Italia, Grecia y hasta Turquía, que a pesar de ser ya asiática, debido a su posición, es considerada como formando parte del Occidente europeo.

De esta forma, Rusia en Europa quedó con todas sus fronteras bloqueadas por los países de la O. T. A. N., creándose a lo largo de toda ella una zona táctica de unas 200 millas náuticas de profundidad, en la que se organizó la defensa con pocos medios y armas convencionales, a manera de cinturón de contención, débil, pero que había que atravesar si los soviets sentían en alguna ocasión veleidades de expansión, lo que les obligaría a obrar en fuerza y no por medio de algunos de sus satélites. De esta forma la defensa de Europa con medios convencionales, aunque débil, estaba más o menos organizada, aunque con muy poca confianza en sí misma.

Pero en los tiempos actuales, en una lucha generalizada no bastan los medios convencionales, se precisa una cobertura nuclear que proteja indirectamente a todo este conjunto. Es por temor a esta amenaza el motivo primordial de que los soviets contengan sus ansias de expansión a través de la península europea. Pues bien, esta cobertura ha sido proporcionada hasta ahora de una forma casi total por los Estados Unidos de América, primero por medio de las Alas de Bombardeo estratégico del S. A. C., desde una cadena de aeródromos periféricos situados en Europa y el Norte de Africa, y después, cuando los rusos consiguieron fabricar sus magníficos missiles intercontinentales, por medio de otros proyectiles de tipo análogo. Por último, la estrategia de represalias norteamericana que defiende la paz mundial y, por lo tanto, a Europa, descansa en un tanto por ciento muy elevado en los proyectiles Polaris lanzados por submarinos atómicos casi imposibles de detectar y de destruir.

Como consecuencia de esta cobertura atómica Europa, prácticamente desde el final de la segunda guerra mundial hasta 1960, no se ha rearmado ni gastado en la preparación para otra guerra, gracias a ello pudo reconstruirse e incluso alcanzar una enorme prosperidad económica, todo ello bajo las alas protectoras del S. A. C. norteamericano, en donde en última instancia descansaba la paz.

Pero esta situación convirtió de hecho a Norteamérica en la dueña de los destinos de Occidente. Las naciones de la O. T. A. N. aceptaron al principio sus decisiones estratégicas sin rechistar, pero a medida que se robustecían y se curaban de las heridas de la segunda guerra mundial, comenzaron a pensar que el hecho de depender la puesta en marcha de la máquina de represalia nuclear únicamente del Presidente de los Estados Unidos, no les garantizaba del todo, en una política de riesgos calculados, de que pudieran ser ellas las víctimas propiciatorias, pese a la reconocida buena fe y honorabilidad norteamericana, pero dicho pueblo o región pudiera ser que no estuviera protegido en aquel momento por la bóveda del santuario termonuclear, por no hallarse en él algún objetivo que fuese considerado como vital para la supervivencia de los Estados Unidos y Occidente.

Así surgió la teoría de que el *impass* nuclear debería de conseguirse en dos niveles diferentes, uno el de la zona de la estrategia global, conseguido ya por los Estados Unidos, otro el de la zona de la estrategia europea, en la que debiera existir armas de represalias de responsabilidad estrictamente europea, que hicieran posible, si Rusia por alguna circunstancia política se

decidiera alguna vez a emplear sobre Europa alguna de sus armas nucleares o termonucleares, con independencia de la decisión norteamericana, se le pudiera responder de la misma forma. Norteamérica, dándose cuenta del cuerpo que iba ganando en Europa esta doctrina, inventó situaciones de compromisos por medio de los conceptos de armas de represalias multilateral y multinacional, pero aunque estos conceptos se discutieron e incluso se aprobaron en las asambleas de la O. T. A. N., no llegaron a ser nunca una realidad, pues los europeos en general estaban convencidos de que ello no era más que un sucedáneo que no les impedía el vasallaje nuclear al que estaban sometidos. Por todo ello surgió en Francia el deseo de crear una fuerza nuclear independiente, la llamada «Force de frappe», que al desarrollar la idea en realidades prácticas, rompió la unidad monolítica de la decisión nuclear en su más alto nivel, y proporcionó a los franceses una independencia política llevada a la práctica por el Presidente francés en forma contundente. Una de sus reacciones más destacadas a este respecto ha sido la de separar en 1960 las fuerzas navales francesas adscritas al Mando de la O. T. A. N. en el Mediterráneo, que pasaron a depender de Mandos navales franceses. La segunda fué la de separar en enero de 1963 las adscritas al Mando de la O. T. A. N. en el Atlántico. Por último, fueron retirados de los Estados Mayores de esta Organización sus miembros franceses. No obstante, en líneas generales, las fuerzas navales francesas continúan su colaboración con la O. T. A. N. y siempre habrán dispuestos en Lorient cinco submarinos para contribuir en un momento dado en el barraje previsto en el Atlántico Norte por las fuerzas aliadas.

Aunque las declaraciones del Secretario de Guerra norteamericano, Mac Namara, han sido muy políticas y casi justificadoras de la actitud de Francia, la realidad es que la desidencia ha surgido en la Organización del Atlántico Norte, y precisamente la del aliado continental más poderoso e influyente. En el aspecto naval, Francia era una de las mayores contribuyentes; su flota, cada día, no sólo se rehacía de los golpes de la segunda guerra mundial, sino que se modernizaba. Sus armas, radares, medios de detección submarina, centro de conducción de operaciones, su aeronáutica naval con prototipos logradísimos, etc., la habían convertido en una de las Marinas más poderosas y bien organizadas de Occidente. Todo ello hace que su separación de los Mandos de la O. T. A. N. haya sido un rudo golpe para ésta, pues crea un vacío de fuerzas en las zonas del Golfo de Vizcaya, en IBERLAND y en todo el Mediterráneo occidental, muy difícil de llenar, pues Inglaterra,

en el estado actual de sus efectivos navales, no puede sustituirla. La cadena naval de la O. T. A. N. se ha roto por un peligroso eslabón que será muy difícil de sustituir y sobre todo se ha dado un ejemplo de independencia de las decisiones fundamentales, hasta ahora en manos de Norteamérica, y la decisión, es la herramienta más poderosa del Mando.

Hay quien piensa que esta forma de obrar desaparecerá con el General De Gaulle, que sus continuadores no la podrán mantener y, que por lo tanto, las relaciones con la O. T. A. N. se restablecerán en su pristina forma en cuanto dicho General deje de estar al frente de los destinos de Francia. A nuestro juicio, esto es un tremendo error. Los gobernantes que lo sucedan, ¿van a hacer marchar hacia atrás el reloj de la historia?; ¿van a convencer al pueblo francés para que vuelva al vasallaje político norteamericano? ¿Renunciarán a ser la cabeza visible del movimiento eurocéntrico que trata de terminar con la bipolaridad política actual? ¿Consentirán que las grandes decisiones mundiales, en último término, sean las que se tomen a través del hilo tendido entre la Casa Blanca y el Kremlin? ¿Harán olvidar al pueblo francés de los dolores sufridos en la descolonización? Creemos que no. Los gobernantes que sucedan al General De Gaulle se verán arrastrados a seguir su estela de éxitos políticos, si no quieren mostrarse como epígonos y no verdaderos gobernantes. La O. T. A. N., en sus más altos niveles orgánicos hace agua, es preciso replantearla de nuevo, quizá el triunvirato que propuso el General un día, sea el medio de fortalecerla, puede que aparezca otra fórmula, pero la actual ya no es válida, lo prueba los constantes fracasos de las reuniones en su más alto nivel, en donde ninguno de los acuerdos tomados son capaces de ser llevados al terreno de las realidades prácticas. Las fórmulas de 1949 no resuelven los problemas de 1964.

El edificio de la O. T. A. N. también se ve amenazado por otro lado en su extremo oriental. La falta de solidaridad surgida entre Grecia y Turquía, como consecuencia de la crisis de Chipre, que en otros tiempos se hubiera reducido a ser una de tantas fricciones entre minorías, tan corriente en los Balcanes y demás lugares en donde el Imperio Turco sentó sus reales, en la actualidad se ha convertido en otro motivo de crisis de la O. T. A. N., precisamente allí en donde se encuentra uno de sus centros de gravedad por causa de su proximidad y contacto directo con Rusia por un lado, y con el Próximo Oriente, por el otro.

La estrategia revolucionaria aplicada en gran escala ha sido la forma con que Rusia ha tratado este asunto con indudable éxito. Uno de los métodos

más clásicos de esta estrategia es el conocido con el nombre de «dislocación». Consiste este método en aprovechar las llamadas contradicciones internas de las sociedades capitalistas, es decir, las fisuras que presenta cualquier sociedad, sea o no capitalista, para introducir cuyas entre sus diferentes estamentos, con el fin primordial de que cada uno de ellos se sientan diferentes, después rivales, para continuar odiándose, terminando por último por lanzarse a la lucha, aprovechando la revolución este desorden, esta dislocación de la sociedad, para hacerse con el poder. Pues bien, en Chipre existía la fisura de la minoría turca, antigua dominadora, y la mayoría griega, dominada de siglos. No obstante, las dos vivían pacíficas, aunque conservando solapados sus antiguos odios. En este caso no hubo más que aplicar la técnica revolucionaria antes citada, existía la fisura, se clavó la cuña, se produjo primero una llaga, después una herida, y a ésta no se la deja cerrar, las tropas de las Naciones Unidas son incapaces de hacerlo, pues no obran con energía, ni parece que lleven órdenes concretas ni tajantes. La única forma de operar en Chipre sería desarmar a la población civil por las buenas o por las malas, hacer que se fueran de la isla las fuerzas regulares griegas y turcas, regreso de todo el mundo a sus hogares, sustitución del actual Presidente Makarios por otro que fuera aceptado por las dos comunidades, dar trabajo y sembrar la paz en los corazones, si es que esto es todavía posible. Pues bien, Rusia ha encontrado un campo abonado para mantener las cosas en el estado que están y enfrentar a Grecia y a Turquía, miembros orientales de la O. T. A. N., al defender cada uno de estos pueblos a sus respectivas comunidades.

La forma de actuar de la U. R. S. S. apoyando a uno o a otro de los dos rivales, ha demostrado a las claras que lo que pretende con este minúsculo problema es debilitar a la O. T. A. N. en este extremo del Mediterráneo. Primero dió la razón a los griegos, sin duda movida por su odio secular hacia los turcos. Pero después, viendo el sesgo que tomaban los acontecimientos, cambió de campo, y ofreció seguridades y apoyo incluso militar a Turquía, la cual, sintiéndose abandonada por Norteamérica, pues la Sexta Flota es la que impide que intervengan de forma decisiva en Chipre, ha hecho que su Presidente Inonu haga las declaraciones sensacionales de que tenía la sensación de haberse equivocado al elegir aliados. No creemos que la cosa llegue a más, pero que la fe en Norteamérica como directora de los pueblos occidentales se está perdiendo día a día, es evidente, y que la cohesión entre los miembros del Pacto del Atlántico se hace cada día más difícil, es un he-

cho cierto, haciendo todo ello pensar en una reestructuración de dicho pacto si no quiere perecer.

Afortunadamente, estas debilidades de la gran coalición atlántica se han producido en el momento que la unidad monolítica del mundo llamado socialista se resquebraja. Todo ello hace prever que las fórmulas encontradas a uno y otro lado del Telón de Acero después de la segunda guerra mundial, ya no son válidas, y se aproxima una era en que las alianzas y grupos de naciones cambien en sus conceptos fundamentales.

ENRIQUE DE ALCALA.